

LOS CAÑOS

Por Jesús Pulido Ruiz

A veces se entretiene mirando la reproducción de una vieja fotografía del Caño Grande, realizada en el año 1924, que refleja una multitud de personas de diferentes edades y géneros de La Puebla de aquella época. Todas, en torno a la que supuso la primera fuente pública de la villa, parecían aguardar su turno para llenar en el caño sus distintas vasijas hasta que les atrajo la curiosidad, o tal vez la petición, del "retratista". La gente, niños y mayores, entremezclados con las caballerías que cargan con cántaros en sus respectivas aguaderas, dirigen su mirada a la supuesta cámara que inmortalizaría sus rostros. Unos niños que, por su número y frescura, parecen haberse apoderado del protagonismo de la foto, convirtiéndose en una sonrisa a su propia infancia a través de la afable mirada del fotógrafo. Los chiquillos – al decir de profesionales y expertos – hacen la labor del artista más fácil por su espontaneidad y porque les es más fácil dominar sus emociones a la hora de posar, lo cual produce un resultado mucho más natural y realista en la imagen plasmada.

La fotografía expone un lado humanista y tierno de la existencia, como si quisiera excluir por momentos el contexto histórico y social en el que se ha efectuado. La intención del fotógrafo tal vez fue captar el candor de los pequeños y debió pensar que al disparar su cámara plasmaría su voluntaria alegría, pero su sobriedad y precoz gravedad es lo que parece haber recogido; niños que, a pesar de las dificultades y carencias que desvela la imagen, parecen ser felices con lo más mínimo...incluso con saberse protagonistas de esta escena pasajera para ellos. Por otra parte, la foto también refleja la miseria y la tristeza, aunque de sus nítidas miradas, miradas fijas y espectantes, difícilmente puede desprenderse un fingimiento de cualquier tipo, más bien son el fiel reflejo de las emociones, calladas emociones, que en ese momento transpiran por todo su cuerpo.

Esta reproducción, muy repetida en las distintas publicaciones de programas de fiestas o libros de viejas fotografías de La Puebla, la tiene en dos versiones: en un serio blanco y negro, grisáceo tal vez, lleno de luz suave pero plagado de matices algo deteriorados, que da a la foto un toque, se diría, amargo, sombrío e impresionante a un tiempo, y otra en ligero color

sepia, como para dar calidez y suavidad a la escena. Él prefiere la versión clásica en blanco y negro, que, pese a lo vivo y luminoso que a primera vista parece representar, la encuentra más literaria y dramática.

En algunas ocasiones, sin apartar la vista, trata de bucear en ese paisaje repleto de misterio, no obstante lo simple que este escenario pudiera parecer, y libera su imaginación gestando historias supuestas, hipotéticas o inventando biografías ligeras y vaporosas de los personajes estampados en el papel. Cabriolas que ejecuta su imaginación, piruetas atrevidas que le llevan a recrear escenas intemporales. Y así, las casas y casonas al fondo de la fotografía llegan a darle la sensación de posadas o ventas manchegas, de las que de un momento a otro puedan aparecer, siguiendo su ruta imperecedera, el bueno de don Alonso Quijano sobre su escualido Rocinante y su fiel escudero Sancho con su paciente rucio en dirección al pilón del caño para abreviar a las bestias y refrescar sus rostros, cubiertos por el sudor y el polvo del camino. O



pretende adivinar entre la asombrada chiquillería a la niña pizpireta, a la atrevida y revoltosa y a la soñadora; observar en el tumulto al moco-so travieso y enredador, al arrapiezo decidido e inquieto y al mozalbeta tocado con la gorra de visera que tal vez quería sentirse hombre antes de tiempo; descubrir a la mujer que, sufrida y pacientemente, tuvo que

criar una sarta de hijos con los escasos medios de los que disponía o apiadarse del campesino que, con la vista puesta en el cielo y abrazando realidades que sólo él podía ver, siempre esperó en vano el agua de mayo. Ilusiones y desesperanzas que puede distribuir entre ellos a su antojo; fantasías y quimeras que quizá dormían en las mentes de algunos de esos seres y que un día el tiempo las truncó porque, sin saberlo, quisieron tomar la luna con sus manos o subir hasta el cielo por una larga y frágil escalera. Sueños que quizá la pavorosa guerra o la inesperada enfermedad cortaron de raíz.

Fachadas y casas del fondo que él conoció con otro aspecto, diferente al de la instantánea y al actual. Allí se ubicaban en otro tiempo la tienda de ropa del Escalonillero, el salón de bodas y baile del tío Pablo y, más tarde, al lado derecho, el bar de Moteo.